

Woodstock, diez años después

DE COMO LA CONTRACULTURA FUE DEVORADA POR SUS PROPIOS MITOS

DIEGO A. MANRIQUE

io H. Woodstock! Tres días de agosto de 1969. Viernes 15, sábado 16, domingo 17. Quinientas mil personas reunidas en los tranquilos campos de Bethel, diminuta localidad del Estado de Nueva York. El amanecer de la Era de Acuario, según la pegajosa predicción de los autores de "Hair". Punto de partida para una nueva América, según el incansable "hippie" Abbie Hoffman: "La Nación de Woodstock ha nacido de las semillas del festival". Para el "Time", "uno de los más significativos sucesos sociológicos y políticos del siglo"; sus colegas no se quedaron atrás en ditirambos y análisis instantáneos. Y los publicistas de la Warner Bros acuñaron el resumen perfecto: "Tres días de paz, amor y música".

¿Fue realmente todo eso? Tal vez Woodstock sólo merezca la categoría de espejismo, de astuta maniobra para desactivar el descontento de millones de jóvenes norteamericanos y acelerar su integración en el mecanismo de producción. De cualquier forma, Woodstock marca el punto de inflexión de la rebelión juvenil, el momento en que los medios de opinión y los centros de poder empiezan a modificar su postura inicial, mezcla de curiosidad, desconfianza, hostilidad y desprecio. Todavía se producirán coletazos de insurrección (hasta que la retirada de las fuerzas USA del Vietnam elimina el elemento aglutinador de los diferentes sectores contraculturales) y ásperas reacciones de las fuerzas del orden (la matanza de Kent, la ofensiva mortífera contra los Black Panthers) pero ya se empieza a formular una polí-

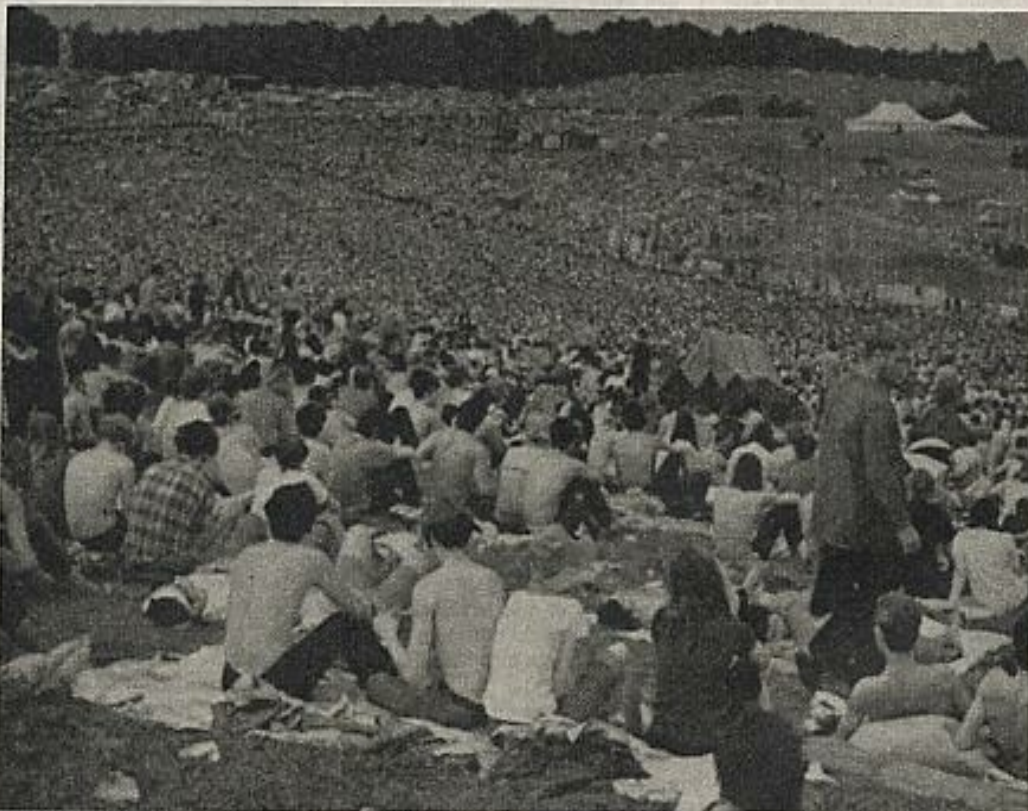
tica de tolerancia que desarma los planteamientos más radicales y favorece el desarrollo de una "revolución cultural" inofensiva y manejable. Una "revolución cultural" que se concreta en la difusión de una serie de nuevos valores individuales, nuevas actitudes colectivas, nuevas ideas más adecuadas para una sociedad cambiante que en los años sesenta fue incapaz de prever el potencial de conflicto generado por la cultura del ocio y el incremento del poder adquisitivo entre los hijos del "baby boom" (la explosión de la natalidad que siguió a la segunda guerra mundial). La prosperidad económica de los años del Vietnam permitió a muchos millones de jóvenes nortea-

mericanos vivir fuera de la estructura productiva del sistema, que así resultó incapaz de motivar a los nuevos ciudadanos a seguir el ejemplo de sus padres. La recuperación de esta minoría disidente ha sido indudablemente el mayor triunfo del "establishment" norteamericano durante la primera mitad de la presente década. Y Woodstock fue el momento en que los mecanismos de la tolerancia represiva empezaron a funcionar adecuadamente para asimilar sin grandes traumas el nuevo y extraño peligro.

Una empresa potente

Naturalmente, los organizadores de la Woodstock Mu-

sic and Art Fair no tenían tan grandes ambiciones. Su planteamiento inicial era reunir entre cien y ciento veinticinco mil personas (a 18 dólares por cabeza) y recoger posteriormente beneficios extra gracias a la filmación y la grabación del festival. Como el festival de Monterrey de 1967, pero sin excusas filantrópicas. Woodstock Ventures Inc. era una sociedad en la que participaban desde un antiguo cantante folk metido a ejecutivo discográfico hasta un graduado de Derecho por Yale, pasando por un estudiante de Ciencias Empresariales que abandonó la Universidad por la vida "hippy". El capital lo aportaba el heredero de Lydia O'Leary Inc. (cosméticos) y Block Drug



Festival de Woodstock, agosto de 1969: quinientas mil personas se reunieron en la ciudad de Bethel para disfrutar de "Tres días de paz, amor y música", según rezaba el "slogan" publicitario acuñado para el festival.



Tal vez Woodstock sólo merezca la categoría de espajismo, de maniobra para desactivar el descontento de millones de jóvenes norteamericanos.

Company (medicamentos). Gente solvente que puso a punto un cartel atractivo: abundantes grupos ingleses (Who, Jeff Beck, Joe Cocker, Ten Years After), gente de la Costa Oeste californiana (Santana, Janis Joplin, Grateful Dead, Jefferson Airplane, Creedence, Crosby Stills Nash & Young), música suave (Joan Baez, Arlo Guthrie, Tim Hardin, Incredible String Band), y artistas populares (Blood Sweat & Tears, Iron Butterfly, Sly & The Family Stone, Jimi Hendrix) o prestigiosos (The Band, Ravi Shankar, Johnny Winter). Con lo que su festival se perfiló rápidamente como el más importante del verano de 1969, en cuanto a calibre de sus figuras.

Otro golpe maestro fue bautizarlo como "Feria de Música y Arte de Woodstock", a pesar de que el lugar elegido (Wallkill, que fue cambiado posteriormente por Bethel debido a la oposición de los habitantes) distaba muchos kilómetros de Woodstock. Pero Woodstock era un nombre carismático: allí residía desde hace varios años Bob Dylan, indudable Gran Padre de la contracultura. El festival adquiría así una di-

mensión de homenaje al misterioso recluso, de reunión generacional alrededor del hombre místico que llevaba largo tiempo sin actuar. "Claro, Dylan no está en el cartel, pero seguro que aparecerá, ¿cómo nos van a ignorar, tío?"

Fueron igualmente astutos en sus relaciones con todos los grupos implicados. A los ciudadanos de Bethel les prometieron que allí estarían varios centenares de policías de la ciudad de Nueva York, especialmente preparados para minimizar los roces y ganarse a las multitudes de "hippies". No obviaron las referencias a los posibles beneficios derivados de la venta de bebida y alimentos al público asistente. Con respecto a la inquisitiva prensa "underground" y los núcleos de activistas políticos, Woodstock Ventures Inc. allanó suspicacias con abundantes páginas de publicidad, muchos pases gratuitos, bellas palabras y la promesa de instalar "Movement City", una especie de feria de muestras contracultural donde cada grupo tendría la oportunidad de exponer sus publicaciones y hacer propaganda.

De Woodstock-desastre...

Pero los acontecimientos desbordaron todos los planes. Ocurrió que los altos mandos de la Policía neoyorquina prohibieron a los agentes seleccionados su participación en el servicio de orden, alegando que sólo podían trabajar para empresas privadas dentro del área metropolitana. Sin los especialistas en control de multitudes, las carreteras que llevaban a Bethel quedaron empantanadas por monstruosos embotellamientos. Se hablaba de cerca de un millón de personas desplazándose hacia el festival; aunque sólo llegaron al recinto menos de la mitad, fue suficiente para rebasar todas las precauciones de los organizadores.

Las taquillas fueron lo primero en desaparecer. Aparte de las 60.000 personas que habían adquirido previamente las entradas, nadie pagó: vista la imposibilidad de canalizar la multitud hacia las entradas oficiales, la organización declaró apresuradamente la total y absoluta gratuidad del festival. Tenían cosas más graves de las que ocuparse.

En efecto, el atasco de las

carreteras hacía imposible la llegada regular de los camiones de aprovisionamiento. Los helicópteros del Ejército —¡oh, paradoja!— tuvieron que ser llamados para evitar el hambre y la sed. El festival iba adquiriendo aires de pesadilla: los servicios médicos se veían incapaces de atender a los aquejados de insolación, heridas en los pies y malos viajes debidos a la proliferación de la LSD de dudosa calidad. Los retretes portátiles fueron saturados rápidamente y el temor a posibles epidemias se extendió. Para colmo, las lluvias torrenciales convirtieron el lugar en un mar de barro. Se empezaba a comentar que había muchos muertos por accidentes o sobredosis de droga. El gobernador, Rockefeller, recibió una petición de que aquello fuera declarado zona catastrófica: en cuestión de horas, el Estado de Nueva York se veía sorprendido por la aparición de una ciudad de medio millón de habitantes que no disponían de casi nada...

Excepto de los deseos infinitos de desmadrarse, de colocarse con todo tipo de sustancias, de sentirse parte integrante de una multitud joven y desafiante, de disfrutar

Woodstock, diez años después

del sexo sin restricciones, de sumergirse en la música. Y eso es lo que no faltó en ningún momento. Prácticamente todos los nombres anunciados actuaron, sin grandes retrasos ni deficiencias de sonido. Cuando la humedad en el escenario hacía peligroso el uso de la electricidad, Country Joe & The Fish tocaron con instrumentos acústicos invitando a la multitud a corear sus canciones. Y reduciendo las fricciones, las sonrisas beatíficas de los miembros de The Hog Farm, una comuna famosa de Nuevo México que fue aerotransportada a Bethel para diseminar buenas vibraciones y ocuparse del rancho (arroz cocido). Su calma ante el desastre y su perenne buen humor contribuyeron a desarmar las iras de los más extremistas, que hablaban de insurrección, de que aquello era un campo de concentración, de que era necesario hacer algo. La misma heterogeneidad de los asistentes (desde "hippies" viejos hasta chicos que por primera vez pasaban un fin de semana sin padres ni vigilantes) impedía la concreción de cualquier iniciativa. Y así pasaron los tres días, entre los esfuerzos de organizadores y autoridades para mitigar las condiciones de vida de aquel medio millón de personas. Parte de las cuales no podían huir (habían perdido a sus acompañantes y de cualquier forma era imposible sacar los automóviles del atasco), mientras que el resto estaba demasiado atontado o demasiado feliz para darse cuenta del horror circundante.

... A Woodstock-símbolo

Las primeras reacciones ante lo ocurrido fueron negativas. El editorial del "New York Times" hablaba solemnemente de "episodios escandalosos" y se preguntaba: "¿Qué tipo de cultura es la nuestra que pueda producir semejante caos?". Pero en los días siguientes adoptó una línea más benigna ("la reunión de Bethel fue esencialmente

un fenómeno de inocencia... llegaron, por lo que parece, dispuestos a disfrutar de su propia sociedad, para gozar de un estilo de vida que es su propia declaración de independencia") que se correspondía con la actitud entusiasta del resto de los "media". El "New York Daily News" veía su potencial político ("...si la música les hace uno, algún día una causa hará lo mismo; los políticos ya saben lo que les espera en las elecciones de la próxima década"); "Newsweek" tranquilizaba a sus lectores ("...no son bastantes para conquistar

materia para lanzar posteriormente sus andanadas sabias respecto a la "generación de Woodstock").

Obviamente, para entonces Woodstock ya se había transformado en una industria. Era curioso contemplar a los accionistas de Woodstock Venture Inc. disputarse el control de una sociedad que tenía cerca de un millón de dólares en deudas. Pero detrás de la puerta estaban los cuantiosos avances por la explotación de la película (Warner Bros) y los discos (Atlantic Records). Es decir, las grandes empresas de la comunica-

todo el mundo. Woodstock era evidentemente un símbolo mucho más comercializable y menos comprometedor.

Una manipulación nada sutil

Sobre todo, en la aséptica versión de Warner Bros, que obvia cualquier referencia al componente más politizado del público (Movement City), los excesos de la Gente Maravillosa (¿dónde está el famoso Supermercado de la Droga?) o los aspectos más desagradables del evento. El énfasis del film no está en el público —al que se presenta como una masa homogénea de peludos felices y pacíficos con tendencia a desnudarse—, sino en las estrellas y la música. Ni siquiera se recoge uno de los incidentes más significativos del festival, cuando Abbie Hoffman saltó al escenario para recordar la existencia de prisioneros políticos en USA y fue desalojado inmediatamente por la guitarra airada de Pete Townshend, que no toleraba ninguna interrupción de su música (posteriormente, Hoffman apoyaba el gesto del guitarrista diciendo que expresaba la necesidad de que cada uno defienda su rollo particular).

Warner Bros prefería apuntarse a la especie de que política y cultura eran términos opuestos y que lo primero era feo y desagradable, mientras que lo segundo era maravilloso ("paz, amor y música"). Una concepción artificial y maniquea, respaldada por portavoces autoproclamados de la contracultura como el fundador de Rolling Stones ("Hemos dejado muy atrás la política") y que poco a poco se va imponiendo gracias a la desinteresada cooperación de los medios de comunicación. A principios de los setenta, estos medios se hacen más selectivos y comienzan a ignorar los hechos que hablan de una radicalización juvenil. Así, "Time" pudo hablar de que los estudiantes del curso 1970-71 pasaban de la política, a pesar de que en ese período las Uni-



Jimi Hendrix, en el festival.

América o seducirla, pero tal vez sean bastantes para dar un nuevo sabor al estilo de vida americano"), "Life" derramaba alabanzas ("...nunca una reunión de 'hippies' ha sido tan grande, tan lograda, tan exitosa") y el "New York Post" advertía gravemente que "lo que ocurrió en el fin de semana pasado en la granja de Max Yagur cambiará la conciencia que esa generación tiene de sí misma y de las otras", y urgía a los historiadores a "tomar en cuenta a los jóvenes revolucionarios". Por su cuenta, los sociólogos iban acumulando

ción dispuestas a expresar sin piedad el recuerdo de los "tres días de paz, amor y música". Un mito de enorme potencia y resonancias internacionales, como lo iba a demostrar Wight y la larga serie de festivales masivos que se han celebrado desde entonces cada verano en Europa, Australia y hasta en África. Warner Bros no hizo maravillosos documentales sobre el mayo parisino, los disturbios policiales de Chicago o la invasión soviética de Checoslovaquia, sucesos que habían conmovido en 1968 a amplios sectores de la juventud de



Los supervivientes y los participantes-a-distancia de Woodstock representan una masa escéptica y desconfiada, sin apego a las viejas instituciones, que sigue persiguiendo su visión de una América más justa.

versidades norteamericanas se vieron más agitadas por acciones de protesta que nunca. La reticencia de los "media" a hacerse eco de las noticias que en años anteriores habían difundido la imagen de una juventud en oposición, provoca una contracción de las actividades contraculturales, que habían vivido demasiado pendientes de su propio reflejo en los órganos de comunicación del enemigo.

La represión más o menos secreta del FBI y la CIA contra los grupúsculos más activos no fue tan determinante como esta nueva actitud de la prensa y la televisión. Al mismo tiempo, la paulatina retirada del Vietnam y las sentencias favorables de altos Tribunales en casos como los de Angela Davis, los Ocho de Chicago, John Sinclair y otros van aumentando el desinterés por las causas políticas. Sin una idea unitaria, la contracultura se va fragmentando en una serie de sectas marcadas por el individualismo, el escapismo, el narcisismo, el misticismo o las tendencias utópicas. Movimientos perfectamente recuperables y asimilables: el Sistema acepta el creciente uso de drogas, expresa su cálida adhesión a los ideales ecológicos, permite nuevas formas de sexualidad y una mayor presencia del erotismo en la vida cotidiana, tolera una mayor flexibilidad

en las relaciones interpersonales y las normas de conducta, asiente ante el divorcio y el aborto, etc. Por lo demás, todos los "hippies" no eran buenos (Charles Manson), los extremistas terminan mal (Ejército Simbiótico de Liberación), la fiebre izquierdista de los negros se ha calmado (Eldridge Cleaver), lo de Paz, Amor y Música no funciona cuando no hay organización ni taquilla (concierto de los Stones en Altamont), las sectas radicales acaban haciendo cosas horribles (Guayana) y los comunistas eran realmente perversos (Camboya). Fin del sueño, señores: hay una crisis económica, los árabes no cesan de incordiar, vuelta al trabajo.

¿Felices e integrados?

Woodstock sigue siendo un mito poderoso. Y caro: los empresarios que querían organizar un segundo festival para celebrar el décimo aniversario tuvieron que desistir ante las fuertes peticiones económicas de la vieja empresa, que conserva celosamente los derechos del nombre. Hubiera sido un gran negocio, atrayendo a los adultos que vivieron el espejismo contracultural y a las generaciones más frescas. Claro que muchas de las estrellas participantes en 1969 se han evaporado del firmamento musi-

cal, pero los nuevos organizadores estaban dispuestos a reemplazarlos con los ídolos de la "disco music"...

El Monstruo devoró a los Niños de la Cruzada. Los niños crecieron dentro de la bestia y se hicieron mayores. Es decir, consumidores. Y grandes consumidores, al decir de Conference Board, empresa de impecable reputación dedicada a observar las tendencias del mercado interior de USA: "El envejecimiento de las generaciones 'baby boom' será el estimulante económico más importante de los ochenta". Según este estudio, los niños de Woodstock son grandes gastadores que no creen en la virtud del ahorro y que se han acostumbrado al vicio de la tarjeta de crédito y a disfrutar ahora de todas las tentaciones consumistas. Las empresas que sepan satisfacer la nueva demanda de muebles, automóviles, electrodomésticos, vinos de marca, juegos electrónicos, ropas modernas y confortables, métodos para mantener una buena silueta y demás, tendrán muchos años de vacas gordas, aseguran los expertos en marketing.

Es fácil sentirse cínico hoy ante el patético choque con la realidad de las ilusiones que Woodstock encarnaba. Pero también sería caer en el "aquí no ha pasado nada" de los medios de comunicación norteamericanos, que tan

destacada participación tuvieron en el aniquilamiento del radicalismo político de los sesenta. Encajonados por el férreo bipartidismo del sistema USA, los supervivientes y los participantes-a-distancia de Woodstock representan una masa escéptica y desconfiada, sin apego a las viejas instituciones e incapaces de entusiasmarse por la política tradicional. Ellos hicieron posible la caída de Richard Nixon y la retirada del Vietnam; también han disuadido a los presidentes posteriores de nuevas aventuras militares en ultramar. Al mismo tiempo, sostienen una serie de instituciones alternativas —periódicos "underground", servicios de información, centros antinucleares, organizaciones feministas, cooperativas, colectivos— con una actividad discreta, pero efectiva. Y la mayor parte de los activistas continúan, dentro del Partido Demócrata o en agrupaciones extraparlamentarias, persiguiendo su visión de una América más justa. Lo que se ha esfumado es el irresponsable optimismo de hace diez años, cuando los integrantes de la contracultura —una minoría de jóvenes procedentes de las clases media y alta— confiaban en derribar a Moloch por la fuerza de sus canciones y la belleza de sus cuerpos.

¿Y Woodstock? Como dijo desde el escenario el señor Max Yagur, dueño de las tierras en que se celebró el festival, "se ha probado al mundo que medio millón de chicos pueden reunirse para divertirse y oír música sin que ocurra nada malo". Mister Yagur cobró los 50.000 dólares de alquiler, el público asistente se divirtió y oyó música gratis y nosotros seguimos leyendo y escribiendo sobre lo que allí ocurrió. ■ D. A. M.